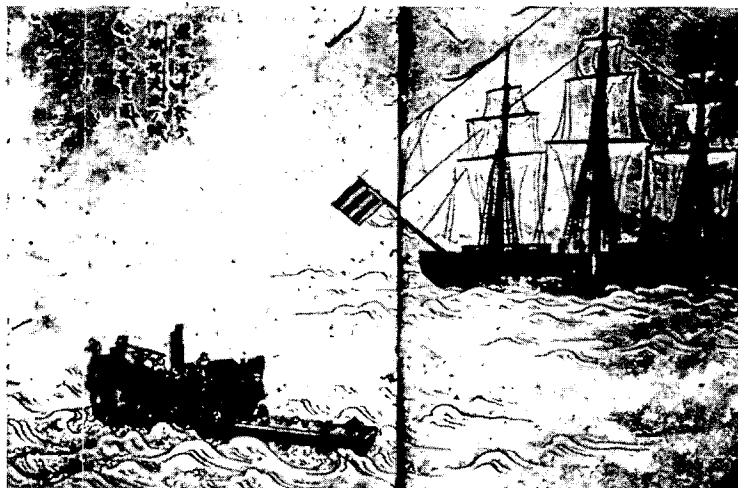


DOCUMENTOS

NUEVOS RELATOS SOBRE MÉXICO (Meshiko Shinwa) Primera parte

KIYOSHI IRIE

(Traducción del japonés e introducción: Hiromi Yoneda)



"El día 2 de febrero de 1842, el barco *Ei jyu-maru*, que navegaba a la deriva, fue rescatado por una nave española de contrabandistas".

Fuente: vol. 1 de *Meshiko Shinwa*, que forma parte de la Colección Matsudaira de la Biblioteca Municipal de Shimabara.

Introducción

Acerca del libro *Meshiko Shinwa*:

LA NAVEGACIÓN A LA DERIVA del barco *Eijyu-maru*¹ tuvo lugar en el año 1841. El *Eijyu-maru*, de aproximadamente ciento setenta toneladas, se dedicaba a transportar productos como sake y azúcar. El barco zarpó de Kobe con dirección al noreste —a lo largo de la costa del Océano Pacífico— pero cuando se encontraba en altamar, a la altura de Booso, actual provincia de Chiba, enfrentó una fuerte tormenta que provocó la ruptura de sus mástiles y del timón. Como consecuencia de ello, el barco empezó a navegar a la deriva por el Océano Pacífico. Después de varios meses, los trece tripulantes de la nave fueron rescatados por un barco español de contrabandistas, a bordo del cual recibieron un trato muy duro.

Posteriormente, siete de los trece tripulantes fueron abandonados en la costa del Cabo San Lucas, actual estado de Baja California, en México. En este lejano país, cada uno de los tripulantes pudo conocer diversos aspectos de la vida en México y vivir nuevas experiencias durante su estancia en él. Algunos de los que pudieron regresar a Japón tuvieron que presentar informes ante las autoridades correspondientes acerca de su viaje y de sus experiencias en México, por lo que existen diversas narraciones o notas históricas sobre dicho acontecimiento, como el *Tookoo Kibun*, narrado por El Zensuke Susami, capitán del barco *Eijyu-maru*; *America Shinwa*, narrado por Hatsutarō Okazaki, y el *Kaigai Iwa*, narrado por Inosuke Matsuyama.

En lo que se refiere al tripulante Takichi Shimabara, existe el *Meshiko Shinwa*, de once volúmenes, basado en las narraciones del marino. Ese informe fue elaborado por Sukeyuki Kaku, médico de profesión, y por Kibun Tanaka, académico; ambos miembros del señorío de Shimabara.

El documento citado fue descubierto en el archivo de Matsudaira por el académico Kiyoshi Irie. En 1964 éste publicó el libro titulado *Meshiko Shinwa* (Nuevos relatos sobre México), basándose

¹ N. del T.: "Eijyu-maru" significa la "nave que vivirá eternamente". Según otras fuentes, el nombre del barco se expresa con ideogramas diferentes que significan "nave de felicidad próspera" o "nave de felicidad eterna".

en el original, del mismo título, y en otros documentos históricos como los antes señalados.

HIROMI YONEDA

LA NAVEGACIÓN A LA DERIVA DEL BARCO *EIJYU-MARU* POR EL OCÉANO PACÍFICO

Visita de Takichi a Nagasaki en busca de trabajo

Takichi nació en Katamachi, ciudad donde estaba el castillo de Shimabara. (Actualmente, Katamachi está en la ciudad de Shimabara, prefectura de Nagasaki.)

Su padre, Shoemon, era originario del pueblo de Dozaki, que se hallaba cerca del castillo de Shimabara. (El pueblo de Dozaki está actualmente en Ariya-cho, Minami Taki-gun.) Desde joven, Takichi iba a trabajar a la ciudad de Shimabara, donde empezó a vivir. Él se dedicaba tanto a la pesca como a la agricultura, pero ganaba muy poco dinero, por lo que su vida resultaba sumamente austera. En 1838, cuando tenía 39 años, abandonó Shimabara para ir a Nagasaki, donde estaba su amigo Kakujiro, con la esperanza de que éste lo ayudara a encontrar algún trabajo.

Cuando llegó a la ciudad de Nagasaki, justamente acababa de producirse un gran incendio en la avenida principal. A pesar de eso, Nagasaki seguía siendo una ciudad llena de energía con un clima económico muy favorable y era, además, el puerto comercial más importante de Japón. Había grandes casas y avenidas anchas y bien trazadas. Sin saber la razón, Takichi sintió que una conciencia nueva y fresca penetraba hasta el fondo de su corazón.

En el puerto había un incesante y activo movimiento de barcos de vela y de barcasas. La visita de Takichi a dicho sitio coincidió con la presencia de cuatro barcos holandeses atracados en el muelle. Los grandes cascos de los buques negruzcos, las cuerdas que colgaban de los altos mástiles como telarañas, los cañones, el ruido de las máquinas de vapor, el negro del humo que salía como rumbo al cielo, y la presencia imponente y vigorosa

de los barcos... todo le impresionó profundamente. Takichi fue llevado a un área de casas de holandeses, localizada en Dejima.² Esta área, rellena en forma de abanico, estaba unida por un puente angosto de piedra. Sobre los techos de una serie de construcciones de dos plantas ondeaba una bandera tricolor que le causó una gran impresión.

Esta zona, en la que había casas de chinos, rebosaba de sabor popular y tenía un ambiente muy animado, que contrastaba con el de Dejima. El peinado con el cabello largo recogido hacia atrás y los vestidos chinos le parecieron al principio algo extraños, pero después, sin saber por qué, sintió una simpatía especial por ellos. Los habitantes de Nagasaki llamaban a los chinos cariñosamente *Achasan*.

Al vivir en esta ciudad internacional, Takichi tuvo un sentimiento diferente del que había tenido antes con respecto del anhelado mar y de su concepto sobre los países extranjeros. Sintió algo distinto, como si viera las cosas desde una nueva perspectiva.

Navegación a bordo del Eijyu-maru

En aquel entonces, un barco proveniente de Sakai, Osaka, que transportaba productos de Kioto, estaba atracado en Nagasaki. Como faltaban marineros, Takichi empezó a ofrecer sus servicios por medio de Kakujiro. A partir de entonces, comenzó su destino de marinero, que tanto lo haría sufrir.

Posteriormente Takichi se fue a Osaka, donde pasó a ser un empleado de una casa de comercio marítimo al mayoreo, dirigida por Lemon Nakamura. Se dedicó entonces a transportar sake a Edo (Tokio), por vía marítima.

El 23 de agosto de 1841, el barco *Eijyu-maru*, en el que viajaba Takichi, partió del puerto de Hyogo con rumbo a Miyakoura, Oos-hu (actual ciudad de Miyako, prefectura de Iwate). Era un barco grande, de aproximadamente ciento setenta toneladas. El tamaño de la vela era de aproximadamente veinte metros de largo y treinta metros de alto. El barco transportaba cargamentos tales como sa-

² N. del T.: Al entrar en vigor el decreto que prohibía viajar al exterior (promulgado en 1635 por el Shogunato Tokugawa) Japón se mantuvo cerrado hasta mediados del siglo XVIII. Dejima (en Nagasaki) fue el único lugar a través del cual hubo comercio exterior con China y Holanda, durante ese periodo de aislamiento de Japón.

ke, azúcar, sal, incienso y lino. Llevaba trece tripulantes, bajo el mando del capitán Zensuke. La lista era la siguiente:

- Capitán: Zensuke Susami, originario de Kishu (prefectura de Wakayama)
- Timonero: Inosuke Matsuyama, originario de Iyo (prefectura de Kagawa)
- Marineros: Takichi Shimabara, originario de Hizen (prefectura de Nagasaki)
- Yaichi Susami, originario de Kishu (prefectura de Wakayama)
- Gisaburo Juroshima, originario de Noto (prefectura de Ishikawa)
- Kanjiro Kuroshima, originario de Noto (prefectura de Ishikawa)
- Sousuke Kuroshima, originario de Noto (prefectura de Ishikawa)
- Sankichi, originario de Nambu Ooshu (prefectura de Iwate)
- Youzou, originario de Nambu Ooshu (prefectura de Iwate)
- Manzo, originario de Hachijojima, Izu (prefectura de Tokio)
- Hatsutaro Okazaki, originario de Awa (prefectura de Tokushima)
- Hichitaro Okazaki, originario de Awa (prefectura de Tokushima)
- Iwazo Akashi, originario de Banshu (prefectura de Hyogo)

El barco *Eijyu-maru* zarpó de Hyogo e hizo un recorrido por la ruta programada sin ningún contratiempo; se vio favorecido por el buen clima, con viento y oleaje en calma... El día 18 de septiembre arribó al puerto de Uraga, Sagami, actualmente en la prefectura de Kanagawa. Al día siguiente, después de la revisión del barco por funcionarios locales, la nave abandonó el puerto. A medida que avanzaba a lo largo de la costa de la península de Booso, actual prefectura de Chiba, empezaron a soplar fuertes vientos procedentes del sudeste, y el mar se agitó. Los mástiles y el timón quedaron destrozados. El gran barco *Eijyu-maru* se vio sacudido por agitadas olas que no le permitían avanzar, y se vio obligado a retornar al puerto de Ajiro, Izu, actualmente en la prefectura de Shizuoka. En ese puerto permaneció durante algún tiempo, para que los mástiles y el timón fueran reparados.

Segunda tormenta

El día 9 de octubre, el barco zarpó de Ajiro. Cuando llegó a Sagaminada empezó a soplar una ráfaga de vientos fuertes, y estuvo a punto de zozobrar a causa de una gran tormenta originada por los vientos del noroeste. Esos marineros de tanto temple que le habían confiado su vida a un barco hecho de madera, sintieron como si estuvieran en el purgatorio. No podían hacer otra cosa más que rezar a los dioses y a Buda, y se cortaron los cabellos.

En el barco quedaban pocos víveres. Estaban tan diezmados que no contaban más que con sesenta kilogramos³ de arroz e igual cantidad de arroz descascarillado.

Con el fin de reabastecerse de alimentos, el *Eijyu-maru* trató de regresar a Ajiro. Sin embargo, la tormenta no permitió que el barco entrara al puerto; lo más que logró fue acercarse a la entrada del puerto, y no tuvo más remedio que tratar de anclar allí mismo. Intentaron echar las anclas juntando dos trozos de cuerda, pero no lograron alcanzar el fondo del mar; agregaron tres trozos y medio más de cuerda, pero no consiguieron su fin. Resignados, se les ocurrió la idea de reabastecerse de alimentos y para ello se dirigieron al promontorio Sunomisaki. No, obstante, tampoco pudieron hacerlo, porque el barco ni siquiera podía aproximarse debido al alto oleaje.

Los vientos del oeste soplaban cada vez con mayor fuerza. Y aunque el barco trataba de avanzar hacia adelante cruzando la marejada, no logró hacerlo debido al fuerte oleaje. Todos los tripulantes se dirigían a Kinkazan, Ooshu, actual prefectura de Miyagui y se vieron obligados a luchar contra el oleaje, pero al ver que era inútil, se abandonaron a manos de la suerte.

El día 12 de octubre, el barco iba navegando a la deriva por alta mar, en la península Booso. Los tripulantes bajaron las velas y se resignaron a que el barco quedara a la deriva, a capricho del oleaje y el viento. El barco se desvió hacia el este.

El libro titulado *América Chikushi*, que Inoue recopiló mediante entrevistas hechas a Hatsutaro —uno de los tripulantes del barco *Eijyu-maru*, que afortunadamente regresó a Japón dos años antes que

³ N. del T.: En el texto original se usan las unidades antiguas de Japón en materia de longitud, peso, etcétera. Para la conveniencia de los lectores éstas fueron convertidas al sistema métrico decimal en cifras redondas.

Takichi— expresa el mismo trágico acontecimiento como sigue:

El día 12 de octubre de 1912, los trece tripulantes del barco, al llegar al mar de Soshu, encontraron una tormenta con vientos procedentes del noroeste. Al pasar la noche, perdieron la montaña de Japón.

(Texto original en chino clásico)

Las breves frases, escritas en chino clásico, indican que los tripulantes habían perdido la esperanza de volver a Japón con vida, y que se encontraban desesperados.

Las palabras de Hatsutarō llevan como prólogo el siguiente poema chino:

Los fuertes vientos producen remolinos y vórtices, así como oleajes violentos en el mar.

Todos los tripulantes nos resignamos a morir.

Tristes se oyen gritos y alaridos. Decimos a nuestras propias almas que nos convertiremos en aves.

Por siempre y sin límites venimos y vendremos a tratar de rellenar el mar con toda clase de cosas.

Este poema permite que los lectores capten las dificultades y los sufrimientos de los tripulantes frente a la tormenta y al duro oleaje, con un contenido mucho más realista. Asimismo, al leer el poema se percibe con dolor como si se oyeran los gritos de aquellos que pedían auxilio desde el lejano fondo del mar, junto con el rugido del agua, que se oye tristemente.

Los sentimientos de los tripulantes en los momentos más críticos de su vida

El día 14 de octubre por la noche, los tripulantes hablaron sobre cómo se debería conducir el barco, ya que todos ellos tenían una profunda inquietud sobre lo que pudiera ocurrir en el futuro. Cada uno expresó su opinión, sin que se pudiera llegar a ninguna conclusión. Entonces decidieron escribir en un papel la solución que a cada uno le pareciera la mejor, y juraron que la que se escogie-

ra sería considerada como "un oráculo escrito", al que todos se someterían sin protesta alguna.

Al abrir el papel, éste decía:

"Debemos cortar el mástil".

Satisfechos, todos procedieron a cortar el mástil. Cuando creían haber cortado un 20% del diámetro del mástil, éste se partió y cayó al mar, debido a las fuertes sacudidas del barco.

Después tiraron al mar poco menos de ciento setenta toneladas de sal. Colgaron en la proa dos anclas, y los tripulantes se reunieron en la popa. Esta medida tenía como fin reducir la velocidad del barco, así como evitar que el oleaje chocara contra éste, y lo hiciera pedazos.

Negros nubarrones cubrían el mar. El barco flotaba como la hoja de un árbol, en medio del océano y sus violentas olas. Se tenía la sensación de que el barco iba a explotar, debido a las grandes olas que chocaban contra los costados. Todos se sentían más muertos que vivos. Era una experiencia espantosa y fatal para todos. Sentían como si no pudiera haber una situación más desgraciada.

Desde aquel momento, los trece tripulantes trataron de evitar la hambruna bebiéndose a sorbos los cerca de dos litros de arroz aguado que tenían. Lo único que podían esperar era la ayuda de los dioses y de Buda.

El 12 de noviembre se agotó el arroz. Lo único que quedaba en el barco era sake y azúcar. Se sentían realmente desamparados. Para entonces, habían perdido por completo la esperanza de volver vivos a Japón. En medio de un ambiente apesadumbrado, se tomaron una última copa de sake con azúcar. Se veían acorralados hacia el abismo de la muerte, y entonces tomaron una última decisión, al llegar al momento final.

Estamos conscientes de que no podremos seguir con vida. Si alguno de nosotros tuviera la fortuna de regresar a Japón, resistiendo sólo con sake y azúcar, deberá escribir esta experiencia para sus familiares.

(Meshiko Shinwa)

Hablaron con profundo sentimiento y juraron llevar a cabo lo prometido. Sin embargo, ¿quién podría tener esa suerte? Con el

corazón lleno de tristeza y afligidos por las horribles experiencias, lloraron a lágrima viva.

Los tripulantes resisten la hambruna con sake y azúcar

Poco después comenzaron a ingerir la comida más rara del mundo, que consistía en agregarle un poco de azúcar al sake, que se calentaba con fuego. Era tan poco, que se necesitaban dos platillos por hombre. Era evidente que dicha ración no era suficiente, por lo que se le agregaba una taza de azúcar para llenar el estómago. En realidad, se trataba de un recurso desesperado e inimaginable.

El día primero de diciembre, una bandada de aves parecidas a los albatros vino a posarse en el barco. A pesar de que los tripulantes trataban de alcanzarlas persiguiéndolas aquí y allá, éstas regresaban siempre al barco. Complacidos todos, consideraron que las aves eran “dones del cielo”. Las atraparon y devoraron condimentadas con sake y azúcar. Hacía mucho tiempo que no comían carne. La carne de estas aves tenía un sabor extraordinariamente exquisito. Gracias a ella se sintieron nuevamente fortalecidos.

Respecto de esta ave, en el *Meshiko Shinwa* hay una nota escrita en el margen superior de una de las páginas, donde se hace referencia al libro *Kankan Ibun*, recopilado por Gentaku Otsuki. En éste; hay una explicación sobre el ave llamada *Oopucho*, que ya era conocida por Heinojyo Yonezawaya de Sendai, Ooshu —actual prefectura de Miyagui— quien estaba a bordo de un barco llamado *Wakamiyamaru*. En 1793, este barco fue arrojado a una de las costas de la isla de “Ondireikke”, que pertenecía al territorio ruso, al norte del continente americano.

El ave *Oopucho* adquiere familiaridad con los hombres. Pero el ave que vi en esa ocasión era violenta, y dos o tres veces más grande que las de tamaño ordinario. Parecía un águila. El ave se acercaba y volaba tranquilamente encima del barco, o flotaba en el mar, sin habituarse a los hombres. La razón por la que nos sucedió una cosa semejante fue que estábamos en un mar al que no llegaba barco alguno. Pensándolo bien, si se dice que *Oopucho* es una especie de albatros, yo diría que esta ave que veo, también podría ser un *Oopucho*.

Probablemente las aves que fueron capturadas y saboreadas por Takichi y los otros no eran más que *Oopuchos*, una especie de albatros.

Al día siguiente, se acercó al barco un tiburón, que fue capturado con sólo dos arpones. Inmediatamente, dos jóvenes se arrojaron al mar para amarrarlo y subirlo al barco con cuerdas atadas al vientre. El tiburón, de un metro ochenta de largo; fue preparado para su consumo. Tanto la carne como las vísceras se conservaron en sal y se distribuyeron equitativamente entre todos. Su sabor era tan exquisito que todos pusieron una cara risueña; el resto de la comida la guardaron con mucho cuidado. De esta suerte, pudieron gozar de alimentos durante otros diez días.

Por otra parte, encontraron ostras que se pegaban en el fondo del barco. Cuando el viento y el oleaje se calmaban, algunos buceaban con cuerdas atadas en la cintura para sacarlas. Estos productos del mar también contribuyeron a que los marineros sobrevivieran durante más días. El día 28 pescaron serviolas, cuya carne cortaron de inmediato; y todos se sintieron satisfechos con los inesperados productos del mar.

Así fueron transcurriendo los días.

Comienza el año de 1842. Pero, aún en los primeros días del año nuevo no pudieron comer arroz, sino solamente sake y azúcar. Los días 7 y 8 de enero capturaron pescados llamados *Mabikiuo*. Gracias a ellos, pudieron disfrutar por fin del ambiente del año nuevo, con sake.

Habían transcurrido ya cuatro meses desde que el barco empezara a navegar a la deriva por el inmenso océano, sin saber hacia dónde se dirigía. El viento seguía soplando desde el noroeste, lo que hacía que el barco se desviara en dirección al este.

El día 15 de enero, nuevamente pudieron pescar jureles. La mitad se la comieron con avidez el mismo día, y el resto lo guardaron para el día siguiente. A partir de esa fecha, aun cuando vivían en medio de ese océano infinito, les parecía que las olas estaban en calma y que el clima empezaba a ser más templado. Gracias a ello, se sentían más tranquilos, y empezaron a recuperar su salud física y mental.

Los tripulantes son rescatados por un barco extranjero

El día 2 de febrero, los tripulantes divisaron algo blanco en el lejano horizonte, probablemente al sur.

“¡Ah, es un barco! Entonces, ¿estaremos ahora en la alta mar de Ooshu o de Matsumae (Hokkaido)?”

Todos se volvieron locos de alegría, al grado de que empezaron a brincar.

Cuando vieron que el objeto se acercaba, observaron que era un gran barco negro con velas blancas de lino colgadas de dos mástiles. Había marineros extraños. Eran extranjeros que vestían sacos de manga larga y llevaban pantalones y zapatos. En la proa esos extranjeros hacían señas con las manos:

Les pareció como si mediante ese gesto les dijeran:

“Pasen a este barco”.

Sin embargo, se trataba de un barco desconocido, y como pensaban que no podrían entenderse con esos extranjeros, no podían tomar ninguna decisión, por miedo y por la inquietud de lo que les podía pasar si subían al barco extranjero, a la ligera. Mientras estaban titubeando, los extranjeros bajaron sus lanchas y se acercaron al barco *Eijyu-maru*, y dieron tres vueltas alrededor de él. Probablemente los extranjeros llegaron a la conclusión de que ya no podían esperar más.

Mientras tanto, cuatro extranjeros subieron de un salto al barco japonés, armados con dos fusiles: uno de dos bocas y otro de una boca. Registraron por todas partes el barco, y encontraron barriles de sake y de azúcar. Destaparon los barriles, metieron en ellos sus dedos y se los lamieron. También encontraron bultos de algodón, y por una parte que estaba rota jalaron un poco de algodón.

Mediante señales dijeron:

“Queremos dos barriles”.

Los japoneses tenían hambre, e hicieron señas con las manos, indicando:

“Podríamos cambiar los barriles por alimentos”.

Les contestaron a señas:

“Si suben a nuestro barco, les ofreceremos los alimentos que deseen”.

Siguiendo entonces las instrucciones, tres jóvenes, Iwazo, Yaouzo y Kanjiro subieron al barco extranjero. Entonces, les ofrecieron arroz, y unos estupendos platos de carne de res. Mientras tanto, los extranjeros enviaron al *Eijyu-maru* dos lanchas con marineros; éstos subieron y arrebataron dieciocho barriles de azúcar,

treinta y dos barriles de sake y unos cien kilos de sal. Además de eso, intentaron quitarles ropa, varios instrumentos del barco y hasta cuatro o cinco cubos de agua de lluvia, elemento indispensable para los tripulantes.

Los extranjeros querían arrebatar los víveres y el agua, que eran indispensables para sobrevivir. Takichi y otros de los que estaban en *Eijyu-maru*, sintieron que habían sido engañados.

Lo único de lo que depende nuestra vida es del sake y del azúcar. Si nos quitaran estos alimentos, ¿qué nos esperaría en esta vida?

(Meshiko Shinwa)

Hasta entonces, el sake y el azúcar habían constituido los alimentos fundamentales para mantener la vida de los tripulantes. Además, si les quitaban el agua, no habría manera de sobrevivir, por lo que todos subieron en forma precipitada a las lanchas que transportaban los cargamentos. Al poco rato, a todos los llevaron al barco negro. Así fue como abandonaron el barco *Eijyu-maru* en el que hasta aquel día habían compartido los peligros del mar. Cuando vieron cómo el *Eijyu-maru* iba navegando a la deriva en la lejanía, se sintieron horrorizados, pues hasta ese momento su vida había dependido de aquella nave, de aspecto miserable y hecha un despojo. Al mismo tiempo, no podían evitar la sensación de tristeza, y sentían gran pena al despedirse del barco. Sin darse cuenta, les rodaban las lágrimas e hicieron votos porque el barco arribara a alguna costa, sano y salvo.

Maltrato diario a bordo del barco negro

El barco negro tenía poco menos de treinta metros de largo y siete metros de ancho. Estaba provisto de dos cañones. El tubo del cañón pesaba aproximadamente un "kan", es decir, poco menos de cuatro kilos. Se llamaba *Nisaibarco*.⁴ Se decía que era una nave de contrabando, que realizaba actividades clandestinas entre Espa-

⁴ De acuerdo con el libro *Nihonjin Hyoryuki* (Registro de ciudadanos japoneses que han navegado a la deriva) —editado en 1967 por la editorial Shakai Shisosha y escrito por Hikomitsu Kawai— el nombre del barco es *Ensayo*.

ña y Luzón, Filipinas. El capitán del barco se llamaba "Sarappi". El nombre del dueño de la carga era "Sabara".

En lo que se refiere a los tripulantes, éstos tenían ojos rojizos, caras negras y sus cabellos cortos y rizados. Su vestimenta era de algodón o de lana. La vida en el barco era, literalmente, de maltrato. Cada vez que decían que los marineros japoneses no trabajaban, los reprobaban, golpeaban y torturaban. Tirar de las cuerdas y hacer la limpieza no eran trabajos difíciles. Pero se les exigía hasta el trabajo de subir por los mástiles de las velas. El sentimiento general era: "Nunca hicimos trabajos tan peligrosos como aquéllos".

Así, pidiendo disculpas con gestos en mil formas, apenas los perdonaban con dificultades. La manera de tratar a los tripulantes japoneses era tan dura y espantosa, que cuando descuidaban un poco el desempeño de su trabajo, los azotaban sin piedad. Cuando algunos se escondían para descansar los descubrían rápidamente y los golpeaban con gruesos palos.

Los tripulantes del barco negro comían tres veces al día. Las comidas tenían como base carne de pollo, de res y de cerdo, y de alimentos conservados en salmuera. No obstante, aunque durante los primeros diez días les habían ofrecido a Takichi y a los otros marineros japoneses hasta platos de acompañamiento, después ya no les dieron nada, ni siquiera un vaso de agua. Lo más duro era que no les daban agua. Se morían de sed y no podían soportarlo. Takichi se sintió tan desesperado que dijo:

"¡Me conformo con el agua turbia del fondo del cántaro. Haga el favor de dármela, aunque sea una gota!"

Así suplicó Takichi en varias ocasiones. Pero la única respuesta que recibió fue que los azotaron con cuerdas.

Aun así no escarmentó y se acercó a ellos indignado; de manera angustiosa pero firme les dijo:

"O sobrevivimos con agua turbia o morimos a golpes. ¡Decidan una de las dos cosas!"

Al fin le dieron los marineros un poco menos de dos litros de agua. Takichi lo repartió con tres compañeros. El sabor del agua era tan exquisito que les pareció que la llamada "Agua del Cielo" debía ser algo parecido a eso.

Aún después de tal acontecimiento, no podían tomar suficiente agua. Muchos días tenían tanta sed que no podían soportarla.

Un día, a raíz de una fuerte petición, los marineros les dieron un poco menos de un litro de sake, licor que los extranjeros habían arrebatado del barco *Eijyu-maru*. Para quitarse la sed, lo fueron tomando de a poco, como si lo lamieran. Sin embargo, debido a la fatiga, una sola gota de sake los emborrachaba. Por otra parte, solían tener hambre, pero sin agua ni siquiera podían tragar bien los alimentos.

En medio de tales sufrimientos por torturas, hambre y sed, el barco continuó su navegación por un océano donde no se veía ni siquiera la sombra de una isla. Sin embargo, finalmente, el día 16 de marzo, alcanzaron a ver tierra.

Era "Santuca" (Cabo San Lucas), que estaba cerca de la ciudad de "San Pose" (San José del Cabo) del territorio mexicano, al norte del continente americano.

"Santuca" estaba en la punta de la península de California. Llegaron a la costa alrededor de las dos de la tarde.

Anclaron de inmediato y alcanzaron la costa en lanchas. Apenas desembarcaron, lo primero que hicieron Takichi y los demás fue ir a buscar agua. En esa ocasión, después de mucho tiempo, lograron beber suficiente cantidad de agua. Así desapareció la aflicción que tanto los había hecho sufrir. Sintieron que todo el cuerpo se les llenaba de energía, con sensaciones vivas y frescas.

Los tripulantes son abandonados en "San Tuca" (Cabo San Lucas)

Dormían tranquilamente los japoneses en el barco negro. Era un poco después de la media noche cuando su plácido sueño se vio perturbado. Siete hombres fueron despertados: Takichi, Zensuke, Inosuke, Yaichi, Sousuke, Hatsutaro y Guisaburo.

A señas, y en un tono absolutamente imperativo, les indicaron: "¡Suban a la lancha!"

Zensuke, que era responsable como capitán del barco, estaba profundamente preocupado por el despojo de los cargamentos del *Eijyu-maru*.

Zensuke rechazó con terquedad subir a la lancha, diciendo: "No voy a subir a la lancha de ninguna manera".

El capitán del barco negro se enfureció. Después de gritar en voz alta, lo apaleó. Los siete japoneses se vieron obligados a subir a la lancha. Tan pronto como se trasladaron a la lancha, los extran-

jeros se pusieron a remar de prisa. Los siete pensaron que los iban a llevar a la casa de sus amigos, para que les permitieran alojarse.

Sin embargo, esa idea era demasiado optimista. En cuanto llegaron a la costa, les dieron la orden de abandonar la lancha. Como vacilaron en desembarcar, los extranjeros les exigieron que se bajaran rápidamente de la lancha, los golpearon con cuerdas y los apresuraron, empujándolos y dándoles puñetazos. Cuando los siete terminaron de desembarcar la lancha regresó de inmediato al barco negro.

Llamaron a gritos a los extranjeros, pero éstos siguieron remando sin hacerles caso. Los siete japoneses fueron abandonados en tierra, quién sabe en qué país.

Parecía haber ciertas razones para que sólo hubieran sido abandonados estos siete.

Pensándolo bien, la razón por la que los siete fueron abandonados en esa isla, y a mí me dejaron en el barco negro fue que los extranjeros pensaron que esos siete no aguantarían el trabajo del barco debido a su edad, y que, además, estaban físicamente fatigados por la larga navegación. En cambio yo soy más joven y sano, por lo que he de servir al trabajo del barco. Los siete habían estado aproximadamente mes y medio a bordo del barco negro. Habían transcurrido unos seis meses desde que salieran de Japón hasta que llegaron a esa isla.

(Meshiko Shinwa)

Estaban a miles de kilómetros de su país natal, abandonados en una tierra extranjera desconocida y, además, en medio de la noche. Nadie dijo una palabra durante un largo rato. Estaban atónitos y atontados por lo que les había sucedido. No tenían miedo alguno de tomar decisiones.

A lo lejos, en el mar, y entre la niebla nocturna, se oía casi imperceptiblemente el sonido de levar las anclas. Se trataba de la salida del barco negro. Los abandonados empezaron a sentir una profunda preocupación acerca de su futuro.

La primera noche en México

Quedarse en una costa en la noche, sin llevar a cabo acción alguna y acongojados por la desdicha no les servía de nada. Después de un

rato, surgió espontáneamente un ambiente propicio para hablar sobre las medidas a tomar.

En primer lugar, Zensuke y Hatsutaro hicieron una propuesta.

“Desde el barco se veía una casa de paredes blancas. ¿Por qué no vamos a visitarla y pedimos ayuda?”

Estaban tan animados que parecían dispuestos a ir en cualquier momento. Pero los otros cinco se mostraron indecisos.

Considerando el modo como fuimos maltratados en el barco, podemos prever una intriga de esos hombres. A mediodía, vi que unos marineros y unos aldeanos hablaban en voz baja. A lo mejor se trataba de una conspiración para matarnos. Ir a visitar a los aldeanos sería como perder la vida que hemos salvado. Esperemos a que amanezca para ver las cosas.

Todos se mostraron muy cautelosos. Aunque hablaban de esta manera, los marineros japoneses estaban más preocupados por el futuro, al pensar en diversas cosas como la navegación a la deriva del barco en el océano; el abandono en tierras lejanas extranjeras; las pocas posibilidades de dormir y comer bien y la desdicha prevaleciente a la orilla del mar. Por lo general, los marineros se habían mostrado muy valientes, pero esta vez rompieron en llanto, asaltados por tales inquietudes. En contraste, Zensuke y Hatsutaro estaban seguros de sí mismos, e insistían en su idea.

Si la muerte fuera inevitable, no habría ningún placer en vivir. Sería lo mismo morir mañana, extendiendo la vida un día más, que morir ahora. Nos abandonaremos en manos de la suerte e iremos a las casas de los aldeanos, para pedir un lugar donde dormir. Si encontráramos algunas personas piadosas, volveríamos por ustedes. Si no regresamos, resignense, pensando que nos han matado.

Dichas estas valientes palabras, los dos se fueron. Siguiendo un camino con la ayuda de la luz de las estrellas, alcanzaron a oír voces humanas a una distancia de poco más de trescientos metros. Cuando hablaron, se produjo una reacción.

La persona que se les acercó, se asustó al verlos. Los condujo a un lugar que estaba a un poco más de cien metros de ahí. Llegaron a un sitio donde había dos casas.

Ambos marineros regresaron inmediatamente a llamar a los otros. Cuando iban caminando los dos más los otros cinco, se en-

contraron afortunadamente con otro anciano, que andaba por ahí y no se había ido a dormir. En forma amable, el anciano despertó al dueño de la casa, que estaba acostado. El dueño de la casa salió a la entrada. Los japoneses lo acosaron en japonés, idioma que el dueño no entendía, y le pidieron que les ofreciera un lugar donde pasar la noche.

El dueño le ordenó al anciano que pusieran dos piezas de piel de res curtida al pie de un árbol del jardín de la casa. Todos durmieron ahí, acomodándose como pudieron. De esta forma lograron dormir la primera noche en México.

En el libro *Meshiko Shinwa* aparece el siguiente comentario sobre la península de California:

En esta provincia hay costumbres similares a las de Europa en muchos sentidos, debido a que viven muchos habitantes de la raza española. La población total de esta provincia supera a las 15 600 personas. En la actualidad, está desarrollada una activa agricultura y se producen los principales cereales. Enviaron maestros de España para regir esta provincia... De lo contrario, los indígenas no obedecen las enseñanzas por ser rústicos y torpes. Se construyó una especie de casa modesta alargada para encerrar a los indígenas. Los sacan una vez al día para enseñarles el Camino de Dios. De no ser así, huirían y se esconderían en el fondo de las montañas, y no se sabría qué hacer con ellos.

Experiencias en "San Posé" (San José del Cabo). (Desde marzo hasta diciembre de 1842)

La hospitalidad de los mexicanos

Amaneció el primer día en México. Los vecinos de la casa invitaron a desayunar a los siete japoneses. Les ofrecieron una leche de sabor dulce, parecida al agua blanca, servida en loza blanca, que acompañaron con un poco de pasta hecha de maíz al vapor.⁵

La comida fue escasa. A los japoneses les pareció que esto se debía a que los mexicanos consideraron que si ellos comían mucho de una vez, podrían haber muerto por el hambre que tenían. Des-

⁵ N. del T.: se refiere a la tortilla.

pués, a las diez de la mañana, les dieron carne de res y un poco de pasta de maíz.

En esta tierra extranjera, los japoneses recibieron un inesperado trato hospitalario por parte de unos extranjeros con quienes no podían comunicarse. Los marineros, cuyo carácter era recio, se sintieron profundamente emocionados y no pudieron contener las lágrimas.

Se decidió que Takichi, Inosuke, Sousuke y Guisaburo vivirían en la misma casa, y que Zensuke y los otros dos empezarian a trabajar en la casa de sus vecinos.

Ambas eran casas de más de veinte metros de largo, en las que había una parte excavada. No había ni piso de madera ni umbral, sólo había varias piezas de piel de res curtida colocadas en el piso. Alrededor de la casa se criaban ovejas y venados. En las montañas pastaba una gran cantidad de ganado vacuno. El dueño tenía negocios de venta de carne de bovino y leche.

La vestimenta que usaban los hombres de esta tierra era casi igual a la que usaban los marineros del barco de contrabando. Se vestían con trajes de algodón, o indiana. Las mujeres usaban vestidos abiertos de hombros y pecho, con las mangas anchas que llegaban hasta el codo. Se ponían una falda plegada parecida a la *Hakama* japonesa y usaban zapatos. Sus cabellos, rojizos y largos, los llevaban hacia atrás en una trenza, o bien se los enrollaban en la cabeza con una horquilla de adorno.

Los hombres ordeñaban, y vigilaban los trabajos de Takichi y de los otros japoneses. Las mujeres se dedicaban a las faenas de la cocina.

Como se mencionó antes, las comidas consistían del "dulce" de maíz al vapor y la carne de pollo, de cerdo y de res. Se comía dos veces al día. El maíz es un producto originario del continente americano. En español se llama "maíz", pero en Holanda se llama *spaanse tarwe*. El maíz quiere decir el "trigo español". Los españoles lo adquirieron por primera vez en la región de las Indias Occidentales y lo cultivaron. Gracias a ello, se reprodujo después por toda Europa. Los portugueses trajeron su semilla a Japón. Es por ello que en Japón se llamó *Namban Kibi* (mijo europeo).

Los españoles cocían el maíz de la misma forma en que los japoneses lo hacían con el arroz, o lo hacían harina después de haberlo molido. Los mexicanos asaban o cocían el maíz al vapor, con

diversos e ingeniosos métodos para preparar las comidas. Se enorgullecían de que el "dulce" al vapor se conservaba durante años.

En "California" (Baja California), dividida por la cordillera de los Andes (*sic*),⁶ el maíz se consumía como alimento principal en el lado oriental, mientras que la carne de ballena, de res y de cerdo, así como la pasta al vapor, se comía en la parte occidental.

El dueño de la casa donde vivía Takichi quería preguntarle algo. Pero al no poder comunicarse, se desesperaba. Un día, sacó un mapa mundial con el deseo de averiguar el país de donde procedía Takichi. Sin embargo, no sabía qué hacer, porque Takichi no podía leer los alfabetos latinos escritos en el mapa. El dueño empezó a leer en voz alta:

"Nagasaki, Shikoku, Awa, Hyogo, Osaka".

Takichi se dio cuenta que el dueño pensaba que probablemente él era japonés. Por lo tanto, Takichi contestó: "¡Nagasaki!"

Al parecer, esa respuesta le dio al dueño el convencimiento de que Takichi era japonés.

El dueño se llamaba "Jichi". Era multimillonario, y los bienes que tenía podían compararse con los que pudieran tener unas setenta u ochenta familias de "San Posé" (San José del Cabo), ciudad que estaba cerca de su casa. El dueño iba de vez en cuando a "San Posé" para prestar monedas de plata, que cargaba a caballo.

En esa casa no se prendía fuego ni siquiera en las noches. A la hora de dormir no les prestaron ropa de cama, ni colchones, ni cobijas. Por ello, Takichi y los demás durmieron sin siquiera quitarse el cinturón del kimono.

Los marineros japoneses permanecieron en "San Tuca" solamente tres días. El día 19 de marzo por la mañana, llegaron seis aldeanos que mediante señas parecían querer llevar a los japoneses hasta la costa, tirando de una manga del kimono de Takichi. Ellos expresaron su gratitud a los dueños de las casas y se dirigieron a la costa, donde los habían abandonado hacía varios días.

Ya estaba preparadó un barco de nueve metros de largo y un poco menos de tres metros de ancho. Tenía un mástil con una vela de algodón. A diferencia de los barcos japoneses, la parte exterior estaba pintada de negro. Alrededor de las cuatro de la tarde, el bar-

⁶ N. del T.: probablemente la Sierra San Lázaro, o la Sierra La Giganta.

co partió. Navegó dos días y dos noches hacia el este a lo largo de la costa hasta llegar a una ciudad.

"San Posé" (San José del Cabo) hace añorar al pueblo natal

La ciudad a la que llegaron los japoneses se llamaba "San Posé", en California, y sus características topográficas le hicieron recordar a Takichi la ciudad de Shimabara, que tenía un castillo y que era su pueblo natal. Detrás de la ciudad de "San Posé" había montañas. La ciudad de Shimabara tenía una bella montaña detrás y era una ciudad desarrollada alrededor del castillo. "San Posé" se parecía a Shimabara. Al pensar esto, Takichi sintió un sentimiento inevitable de nostalgia.

En la playa, había aldeanos que habían llegado a caballo; estaban todos allí reunidos. Al acercarse los japoneses a ellos, se bajaron de los caballos como si los esperaran. Los aldeanos tiraron de las mangas de la ropa de los japoneses, para subirlos a la parte trasera de los caballos. De ahí, cabalgando hacia el norte un poco menos de dos kilómetros, llegaron a una aldea donde había alrededor de setenta casas.

Lo primero que vieron fue lo ancha que era la calle, que parecía tener entre cincuenta y sesenta *ken* (aproximadamente cien metros). Los llevaron a una casa cuyo tejado estaba hecho de hojas de un árbol parecido a la palma. La casa tenía una superficie de aproximadamente unos quince metros cuadrados y unos cinco metros de fondo.

En el interior de la casa no había piso de madera ni techo de tejas, pero sí había sillas. Había tres hombres y dos mujeres sentados allí. Lo sorprendente fue que dos de los tres hombres eran Hichitaro y Manzo, dos de los seis marineros que se habían llevado el barco de contrabandistas. Se trataba de un reencuentro verdaderamente inesperado. Fue tanta la alegría por esa misteriosa coincidencia, que se les salieron las lágrimas.

Según supieron después, a esos dos los habían abandonado debido a la escasez de agua en el barco. Se preocuparon por los cuatro compañeros restantes; Hichitaro y Manzo no sabían hacia dónde los habían llevado. Se confirmó que por lo menos nueve de los trece tripulantes del barco *Eijyu-maru* estaban vivos. Si bien les preocupaba el paradero de los otros cuatro, el hecho de que el número de compañeros hubiera aumentado les inspiraba gran confianza.

Los aldeanos hablaron entre sí durante un buen rato, y después llevaron uno por uno a los japoneses a nueve casas distintas donde les asignaron trabajos diferentes, como cultivar, cortar árboles y la cría de ganado bovino.

El dueño de la casa donde estaba Takichi que se llamaba "Shamón", tenía alrededor de veinticinco o veintiséis años. Era el escribano de la ciudad. Los dueños de las casas donde estaban Yaichi, Hatsutarō, Hichitarō e Inosuke se llamaban "Kincaetsa", "Miquellosa", "Loreta" y "Sandeyagu" (Santiago), respectivamente. Posteriormente Yaichi cambió su nombre a "Tomingo" (Domingo).

En la casa donde vivía Takichi, había una anciana, que era la madre del dueño. A Takichi le asignaron como cuarto la sala especial de esa anciana. Al principio, Takichi se sentía desganado y no podía trabajar con entusiasmo, quizás debido a la fatiga acumulada durante la larga navegación. Por eso parecía como si él no fuera del agrado de la señora. Sin embargo, después de haber recuperado su salud y de estar familiarizado con la vida cotidiana, Takichi trabajó diligentemente, por lo que la señora le dio un trato muy favorable y lo consideró muy trabajador.

Durante la etapa inicial de su estancia en esa ciudad, un hombre con aspecto de parrandero invitó a Takichi a una cantina para consolarlo, pues sentía compasión de que estuviera tan cansado. Takichi se tomó el licor que le sirvieron en una copa. Era un sabor inefable y verdaderamente exquisito. El sabor de ese licor con buen cuerpo no era inferior al sake japonés, fragante y sabroso.

Diez días después, el mismo hombre que había invitado a Takichi a beber, llegó a la casa del dueño diciéndole que quería emplearlo. Sin embargo, la anciana no soltó de ningún modo a Takichi, pues apreciaba su fidelidad en el trabajo.

Durante todo el año el clima de la ciudad era caluroso, como el clima de agosto en Japón. Pero el verano de esa ciudad era cinco veces más caluroso que el del pleno verano de Japón. Cuando no hacía viento, en cualquier estación del año, Takichi sufría por los mosquitos. Solamente en las casas de los ricos se colgaban mosquiteros. Llovía poco. El cauce del río estaba seco. Sin embargo, en el mes de agosto, Takichi tuvo oportunidad de presenciar un incidente en el que una lluvia torrencial provocó una inundación. El caudal del agua aumentó a más de tres metros por encima de la orilla, lo que arrastró árboles de troncos tan gruesos que apenas se po-

dían rodear con los brazos. Asimismo, gran cantidad de reses y caballos murió. En mayo caían chaparrones. Más o menos a partir de ese mes, las plantas empezaban a brotar. En los meses de junio y julio las plantas se secaban, y Takichi no sabía por qué; y en la temporada de agosto y septiembre las plantas empezaban a tener hojas verdes de color resplandeciente.

Aún en el invierno las hojas no se caían. Quizás debido a este clima tan favorable, los habitantes casi no se enfermaban, por lo que tampoco había médico.

El clima y la naturaleza de la región eran tan diferentes a los de Japón que había numerosos tipos de animales y plantas extraordinarias dignos de atención.

Takichi olvidó como se decía *nasubi* (berenjena) en español. Para él era sorprendente el hecho de que la berenjena no se secara con el tiempo y que creciera hasta llegar a ser un árbol tan grande que se hacía necesario apoyar una escalera contra el tronco para cosechar sus frutos.

En un libro de botánica titulado *Sobre las plantas del Sur*, se explica lo siguiente:

Las plantas de México no se secan ni siquiera en el invierno. La semilla de la berenjena tiene carácter perenne. Tres o cinco años después, el arbusto de la berenjena se convierte en un árbol grande. Del verano al otoño crece considerablemente. Se apoya una escalera en el árbol para cosechar sus frutos.

Un árbol que lleva cinco años de crecimiento, ya es un árbol viejo que no produce muchos frutos por lo que se corta.

Lo que se llama *togarashi* en Japón, se dice "chile"; es de un tamaño más o menos similar al del *hozuki*. Había diversos tipos de chiles, unos redondos y otros alargados. Su sabor picante también era variado. Los chiles redondos y maduros se secaban al sol y se picaban. Cuando se cocían con carne, se ponían rojos.

Había chiles de estos plantados por todo el campo con gran cantidad de frutos de color rojo billante, como si vivieran su plenitud. Este paisaje era muy bello y solía presentarse ante los ojos de Takichi. El "meshical" (mezcal) crecía en estado salvaje en las montañas, pero se plantaba también en las huertas. Las hojas frondosas de esa planta cubrían el tronco. El tronco se parecía al de la palma. Esa planta, de aproximadamente treinta centímetros de altura, se parecía mucho a una planta japonesa llamada *Omoto*.

Sus hojas tenían entre sesenta y noventa centímetros de largo, eran de color verde, y parecía como si se les hubieran puesto polvos de tocador. La punta de la hoja era aguda y puyaba a la gente.

Cuando se le quitaban las hojas al tronco, éste se convertía en la materia prima del aguardiente. Se cavaba en el suelo un hoyo cuadrado de un poco más de dos metros y medio por lado. Ahí se colocaban varias piedras del tamaño de un puño, y se prendía fuego para calentarlas hasta que se pusieran rojas. Sobre esas piedras calientes se colocaban "troncos" de "meshical", que se cubrían con hojas, por ejemplo, de musáceas. Todo eso se tapaba con tierra, de manera que no entrara el aire. De esta forma, pasada una noche, los troncos se habían cocido al vapor. La gente pobre se comía esos troncos calentados al vapor, sin cocinarlos. Su sabor era dulce. Su fragancia era un poco menor que la del aguardiente.

"Todavía cuando me acuerdo, lo que más se me antoja es el melón", comentó Takichi, añorando aquellos tiempos que había vivido. Al cortar un melón en rodajas, el fruto amarillo olía a ciruela madura. Cuando esa fruta se comía con vino, el sabor y la sensación que se sentían en la garganta no tenían comparación con lo que provocaban ninguno de los productos más famosos del lugar. Estaba muy bien dicho eso de que el melón era el rey de las hortalizas y las frutas.

Como no podía olvidar la exquisitez del melón, cuando Takichi se despidió de la ciudad se llevó como recuerdo plantones de esa fruta, metidos en una botella. Sin embargo, durante su larga navegación, los plantones se secaron en Macao, lo que le causó a Takichi una profunda pena.

Las musáceas se llamaban "planta" (plátanos), y se plantaban extendiéndolos en los caballones de los campos, cuya extensión a veces alcanzaba un poco más de los cien metros. El tamaño de la fruta era de entre seis y siete *sun*, es decir, alrededor de veinte centímetros. Cuando uno se comía dos, se le llenaba el estómago.

El plátano tarda medio año en madurar. Para esperar que el fruto se pusiera amarillento, se cortaba la rama, y se colgaban las pencas en el interior de la casa, donde al poco tiempo maduraban los plátanos, volviéndose blandos y blancos. Su sabor era tan dulce como el de la pasta de azúcar. Los plátanos se exportaban a otros países en grandes cantidades.

También había en México una palma llamada "coco". Su hoja era de un negro azulado. Su forma era similar a la de la palma del

sagú, y tenía aproximadamente nueve *shaku* (un poco más de dos metros y medio) de largo. Las hojas se utilizaban para el tejado de las casas. Para ello se rasgaba el tallo por la mitad, después de colocar esas hojas unas encima de las otras, se ataban al cabrio en cuya parte inferior se juntaban las piezas de bambú, que constituían el sustento de la totalidad del tejado. Se veía más bonito y era más fresco que el tejado de paja. Cuando soplaba el viento, se producía un ruido como "ZA, ZA, ZA...". Tenía un aspecto muy agradable. También se hacían escobas, juntando los trozos de esas hojas.

Al cortar el coco en dos mitades, se veía el sarcocarpio bien pegado a la cáscara, que tenía un poco más de diez milímetros de espesor. El líquido del coco era dulce. Cuando el coco echaba sus brotes de unos diez milímetros, su líquido se consolidaba paulatinamente. A medida que iba creciendo, se reducía el líquido hasta que se secaba por completo.

El sarcocarpio pegado a la cáscara de la fruta lo quitaban con cincel o lo trituran sobre una piedra hasta que quedara bien machacado. A esto se le agregaba azúcar, y se asaba al fuego, obteniéndose al poco tiempo una especie de caramelo. Esto lo llamaban "dólice" (dulce), y era preferido por los nobles.

Una activa ganadería

Esta región era muy activa en ganadería. No era nada raro ver que una familia contara con trescientos bovinos. Una niña podía manejar a su antojo un rebaño de bovinos, con sólo un látigo. Esto provocaba exclamaciones de admiración en cualquiera que lo observara, y su contento lo llevaba al grado de sonreír con gran satisfacción.

La leche y la carne, que se ingerían en el desayuno y la cena se conseguían en la misma tierra. Antes de ordeñar a las vacas en la mañana, se hacía que las crías se alimentaran, y luego se iniciaba la ordeña. Se consideraba que ésta era la mejor forma de ordeñar, pues era un sistema que permitía obtener la mayor cantidad de leche durante varios años. Con la leche se hacía el "queso". Después de ordeñar a las vacas por la mañana y por la tarde, se cocinaba la leche en una olla y se le agregaba un poco de sal para que se solidificara. Así se hacía el queso. Lo comían con la pasta al vapor.

El caballo que se usaba para montar se llamaba "cantullo", y

su figura se parecía a la del de Japón. El caballo para el cultivo se llamaba "macho", y su color era el del venado negro. Sus orejas eran largas y su relincho se parecía mucho al sonido del instrumento musical de la caracola. Éstas eran las características de los caballos.

Los aldeanos usaban mucho el caballo para moverse por la ciudad, ya que por encontrarse en la zona tropical, su tierra y sus arenas estaban quemadas por el sol, lo que no permitía trasladarse a pie.

En los juegos de los niños, los caballos ocupaban un lugar importante. Los niños se enorgullecían de moverse rápido en los caballos, como si fueran pájaros que volaran.

Había un ave grande parecida al halcón, cuyo nombre era desconocido. Esa ave, que no tenía cresta, atrapaba las serpientes venenosas que permanecían enroscadas allí donde había minas de plata. El ave las atrapaba con el pico, y mientras volaba las soltaba hacia el fondo de las montañas. La gente la apreciaba como un ave útil, pues la protegía del peligro de las serpientes venenosas. El hecho de que en el anverso de la moneda de plata esté el dibujo de un ave que vuela mientras se devora una serpiente, se debe a dicha anécdota.

En la aldea, a veces aparecían gatos monteses llamados "gatos". Hubo casos en que esos gatos se llevaban a los niños, lo que provocaba una enorme revuelta en toda la aldea.

"¡Ahí está el gato montés!"

Los aldeanos cazaban en las montañas, llevando en sus manos palos y fusiles. Los gritos de los hombres y los ruidos de fusiles provocaban espantosas escenas.

Los "sakana" (pescados) se llamaban "pescari" en México. En el libro *Aboku Chikushi* aparece el siguiente comentario de Hatsutaro:

Los indígenas no tienen la costumbre de comer pescado. No existe ningún instrumento para pescar. Un día Hatsutaro logró pescar unos cuantos peces y se los comió para probar. El sabor del pescado era sencillo e insípido.

Los sentimientos de aquellos hombres y sus costumbres

Para Takichi, quien era un extranjero en esa tierra, los sentimientos y las costumbres de los ciudadanos de "San Posé" fueron un objeto de sorpresa en todos los sentidos. Para ese entonces, ya se había familiarizado con ver cabellos rojizos. La nariz de la gente era

grande y su fisonomía atractiva. Las mujeres no necesitaban maquillarse con pintura de labios ni con polvos de tocador.

En el *Meshiko Shinwa* aparece el siguiente comentario:

“Se rieron al ver la nariz corta de los japoneses”.

Parece ser que a Takichi le preocupaba lo corta que era su nariz. Si pensamos en los sentimientos de Takichi, podemos imaginar que Takichi se acomplexaba por cualquier cosa.

Por otra parte, Takichi elogió a los habitantes de “San Posé”, calificándolos de caballeros serenos. Takichi decía:

“Los habitantes eran amables. Usaban palabras corteses y había muy pocas riñas”.

Muy raras veces se veían peleas entre la gente. Aun en el caso de que hubiera peleas, solamente se daban puñetazos y empujones. Nunca se dio el caso de que alguien resultara herido o muerto.

En lo que se refiere a las mujeres, lo notable era que éstas trataban de evitar que otras personas vieran sus pechos. Aun cuando estaban amamantando a sus bebés, las señoras trataban de evitar que otras personas las vieran, y se sentían avergonzadas cuando las veían.

Un día, Takichi estaba tomando una siesta con el cuerpo semi-desnudo. Mientras estaba medio dormido, sintió cosquillas en la parte del pezón. Cuando se despertó por el susto, los dos hijos del dueño de la casa le estaban chupando los pezones. Los niños, que se criaban sólo con leche de vaca por la falta de leche materna, encontraron raro el pecho grande de Takichi, que era parecido al de las mujeres.

Fiesta del Día de la Independencia

A mediados de noviembre, aún la gente que vivía en las montañas venía a reunirse en “San Posé”, porque allí se celebraba un festival muy alegre.

Durante el festival, celebrado una vez al año, se preparaban licores y platos en cada casa, y se invitaba a los parientes y amigos. Se tomaba mucho y se comía hasta llenarse el estómago. Se oían las voces alegres, con la música, canciones y las pisadas de los jóvenes y de los viejos. Los hombres y las mujeres disfrutaban de los bailes, abrazándose. Había un ambiente agradable, alegre y lleno de cordialidad.

Este ambiente animado y alegre era verdaderamente envidiable. Takichi recordó con añoranza las ceremonias shintoístas y de "Bon-dori" que había disfrutado en su niñez, y en el fondo de su corazón surgieron sentimientos de nostalgia hacia su pueblo natal.

Durante ese festival había corridas de toros. En una plaza de la ciudad se hacía una cerca de madera de aproximadamente 20 metros de lado. Allí se metían los toros, en cuyos cuernos se amarraban telas con monedas de plata y se les daban golpes con un traje de cuero. Enojados, los toros se alborotaban. Mientras tanto, los hombres andaban a la rebatiña por las monedas de plata que iban amarradas a los cuernos. Además, había diversos tipos de actos como carreras de caballos y juegos creativos. En toda la ciudad se presentaban espectáculos de gran animación. Takichi pensó: "A lo mejor, éste es un festival del solsticio de invierno". En relación con esta hipótesis de Takichi de que se celebraba el solsticio invernal, los compiladores del *Meshiko Shinwa* suponen que se trataba del "Festival del Día de la Independencia".

Afirmar que las fiestas de "San Posé" se efectuaban a mediados de noviembre, es un error. Es decir, tal y como se señala en el resumen sobre América en la parte inicial del volumen correspondiente, la fiesta de ese país se celebraba el 25 de diciembre, cuando se festejaba que Bolívar, general de Colombia, del Estado de Norteamérica (sic) hubiera combatido contra los españoles, los hubiera perseguido y hubiera recuperado las tierras invadidas, alegrándose de haberse podido liberar de la severa opresión y de convertirse en un estado independiente de política republicana. Como México también es un país de política republicana, probablemente se celebre también el mismo día una fiesta similar.

A bordo de un barco pirata

En "San Posé", Takichi oyó decir lo que le había sucedido al barco de contrabando *Nisai Barco*:

Takichi y otros seis fueron abandonados en "San Tuca". Asimismo Hichitaro y Manzo fueron abandonados en "San Posé". Solamente dejaron en el barco a Iwazo, Kanjiro, Yozo y Sankichi, los cuatro jóvenes llenos de vitalidad, para hacerlos trabajar. Posteriormente, el barco navegó hacia "Gauymawasi" que daba al mar interior cerca de "San Posé", y sólo desembarcó Zabara, el consignador

del barco. Mientras tanto, al anochecer, una barca se acercó secretamente al barco de contrabando, para desembarcar a tierra el cargamento en pequeñas porciones y en varios viajes, de manera que no se notaran las maniobras. Después se realizaron actividades de contrabando. Al terminar el desembarco, el barco huyó rápidamente mar adentro. Sin embargo, antes de que llegara a alta mar, enfrentó de repente una gran tormenta, que lo afectó hasta hacerlo encallar. Como consecuencia de eso el fondo del barco resultó gravemente dañado. Para repararlo, trataron de colgar una parte del barco con un torno elevador, pero mientras lo estaban reparando se dio vuelta por casualidad. No quedó más remedio que reclutar a numerosas personas para que enderezaran el barco y le sacaran el agua que lo había inundado. Esto causó grandes daños. Aprovechando esos momentos de alboroto, Iwazo y tres jóvenes lograron escapar a nado.

En días posteriores, el barco enfrentó de nuevo otra gran tormenta en el mar entre "Guaymawasi" y "La Pazo". Los marineros huyeron, llevándose cinco lingotes de plata de como sesenta kilos cada uno y, sin ser vistos, los enterraron en la arena.

Alguien los denunció al ayuntamiento de "La Pazo". Un oficial llamado "Acervil", acompañado de cinco soldados con escopetas, empezó a buscar los lingotes. Tras haber descubierto el lugar donde había sido escondida la plata, confiscaron todos los lingotes.

El libro *Anexo de Aboku Chikushi* hace una breve referencia al barco de contrabando:

Originalmente este barco de bandidos comerciaba entre España y Manila de Luzón. El capitán del mismo vendía cargamentos de España como él quería, y huía, robando sus importes, por lo que siempre vivía navegando en los mares. El barco se hizo viejo y con el tiempo fue destruido.